

## Performance

En una Bienal organizada por el Museo de Arte Contemporáneo de Rosario el jurado elige por unanimidad la performance del artista Hugo Cosic como obra ganadora. No hubo discusión previa, casi. Con el segundo y tercer premio las discusiones fueron largas, pero sobre quién se quedaba con el primero a nadie le entraron dudas.

Para el concurso, Cosic había presentado un video donde se lo veía sólo cubierto con un slip color carne. Se había rapado y sobre su calva había pintado un espiral rojo que daba la sensación de ser una suerte de blanco, como si esperase que desde arriba alguien arrojara algo y diera justo en el centro de su cráneo. Al mismo tiempo había sellado su boca con un par de cintas adhesivas y escrito sobre ellas la palabra speak; cubrió además la planta de sus pies con tinta negra. Cosic daba vueltas en una espiral que comenzaba en el borde de la sala y llegaba hasta el centro donde se detenía, se acucillaba como un feto. Así se quedaba un rato hasta que practicaba una suerte de camino de regreso, exactamente sobre las huellas que había dejado, hacia el lugar de donde había comenzado todo. Allí volvía a su postura fetal y comenzaba de nuevo su espiral. Y así, una y otra vez. Había algo de danza oriental en el asunto. El jurado encontró múltiples lecturas a la obra y la declaró ganadora. En la inauguración, Cosic presentó su performance ante un Museo repleto que no entendió casi nada. Las autoridades, el intendente de la ciudad, respondieron preguntas de la prensa alabando la importancia de la Bienal y subrayando la justicia de la obra ganadora.

La Bienal estuvo abierta al público durante cincuenta días. Puntualmente a las siete de la tarde, hora de mayor afluencia del público, Cosic realizaba su performance. En algunas ocasiones debía presentarse al Museo por la mañana para algunas visitas guiadas a escuelas secundarias. La municipalidad le había arrendado una pequeña casa frente al río durante el tiempo que durara la Bienal. Cosic ocupaba su tiempo libre pergeñando otras obras, buscando material para sus inspiraciones a la vez que escribía un diario donde consignaba su experiencia. Se hizo de un par de amigos y recibió a más de un periodista cultural. Su última presentación fue un domingo ante muy poca gente. Al otro día, se presentó en el despacho del director para despedirse. Había decidido dejar como obsequio el diario que había escrito, como una suerte de testimonio de su obra. El director del Museo lo recibió con una sonrisa que se le congeló de inmediato cuando Cosic pidió por el pasaje de regreso a Buenos Aires.

-Me temo que usted no comprende el asunto- le dijo extrañado el director. Cosic notó que no lo tuteaba. Pensó en una broma; sonrió y se quedó quieto.

-Usted ganó el primer premio. Y el primer premio es premio adquisición. Usted fue adquirido por el Museo, Cosic.

-¿Cómo que fui adquirido por el Museo? – pregunta el artista.

El director le enseñó el contrato que firmó cuando ganó la obra -contrato que Cosic ni siquiera se molestó en leer. Muy claro decía allí que el Primer Premio era premio adquisición. El director se encogió de hombros y llamó a su secretario para que le enseñara el lugar que le habían destinado. Cosic sólo atinó a balbucear incongruencias mientras seguía los pasos del secretario.

En el depósito de obras le habían instalado una pequeña cama y una mesita de luz. Los baños y la cocina del Museo estaban a su disposición, por supuesto. Durante el día podía circular por donde quisiera; si era su gusto ayudar con las tareas del Museo, pues adelante; eso sí, debía mantenerse rapado y, claro, no abandonar las instalaciones. Y las visitas restringidas al horario del Museo, naturalmente. Es obligación de la institución la óptima preservación de las obras, le había dicho el secretario.

A la semana, Cosic se había hecho una rutina de ejercicios y caminatas por el predio del Museo para mantener su estado físico; cada tanto recibía visitas de amigos y de su padre, ya viejo, que no podía ocultar su orgullo por el logro de su hijo. Seguía escribiendo su diario y llegó a entablar amistad con un empleado del Museo, Ariel, un estudiante inquieto de Bellas Artes.

En la segunda quincena de diciembre realizó su presentación otra vez. Mucha gente lo felicitó. Cosic se sentía animado y le planteó al director una nueva propuesta en la que había estado trabajando en secreto.

-A ver, Cosic, me temo que usted no entendió bien. Usted es nuestra adquisición. No nos interesa otra propuesta. Su performance es excepcional.

Cosic no pudo evitar caer en un desánimo que, sin llegar a ser depresión, lo mantuvo encerrado en el depósito por tres días. Ariel se aparecía por las tardes con un mate y lo animaba. A veces, le dijo, el director cambia de parecer. Se hace el duro, pero es un tipo muy piola.

Durante el verano no la pasó mal, tomó sol, nadó en el río; unos amigos vinieron desde Buenos Aires para pasar unos días. Pero cuando llegó marzo y vio que no estaba en la programación anual y que ni siquiera lo contemplaban como préstamo a otros museos, comenzó a deprimirse en serio. Pasaba los días hablando con Ariel. Trabajaba sin ganas.

Sus estrategias de huida no dieron resultado: no pudo convencer a los guardias ni mucho menos ejercer violencia. El director lo mandó a llamar y le planteó claramente que la salud física no es nada sin la salud mental, que no estaba dispuesto a que se deprimiera, que podrían poner un televisor en el depósito; también le echó en rostro que puntualmente recibía revistas de actualidad artística, suplementos culturales, que la comida era muy buena. A Cosic no le quedó más que reconocer lo que el director decía casi ofendido.

Una noche quiso salir por la fuerza y los guardias no lo molieron a trompadas porque se trataba de una obra cara y ellos debían hacerse cargo de cualquier daño ocasionado. Toalla mojada no deja marcas, lo amenazaron como con un grafiti.

Cuando llegó la primavera, se presentó resuelto ante el despacho del director. Había escrito y dibujado el boceto de una nueva performance. De carácter político. Las múltiples aristas de la relación entre el hombre y naturaleza; la contaminación, por ejemplo. El director se entusiasmó. No estaría mal exhibirlo para el festival La Noche de los Museos, sobre fin de noviembre. Además, Cosic no necesitaba mucho. Iba a estar ataviado de la misma manera que en la anterior performance, sólo que esta vez llevaría dos pomos de tinta en las manos. Se internaría en el Paraná y comenzaría a dibujar de nuevo espirales. Roja a la ida, amarilla a la vuelta. Lo que podía leerse también como una advertencia sobre la comida chatarra.

Lo cierto es que en La Noche de los Museos mucha gente se agolpó sobre la costa del río para apreciar la nueva performance. Apareció Cosic en silencio. Dio una vueltas en círculos y se arrojó al Paraná. Braceó unos cuantos metros antes de comenzar a tirar la pintura roja. Era extraño, pero no nadaba en espiral como lo había anunciado; al contrario, se alejaba en línea recta de la costa. Se hacía difícil seguirlo, las luces apenas recortaban su figura. El director miró inquieto a Ariel, que se encogió de hombros y puso cara de asombro. Los guardias estaban custodiando la entrada, no la costa del río. El director no pudo articular palabra, el aire

salía rabioso por su boca. Tomó su celular. Ariel comenzó a aplaudir y la gente hizo lo mismo porque, bueno, en el arte contemporáneo muchas veces se actúa por contagio, ¿no?

Sobre el río la figura de Cosic ya no se distinguía cuando llegaron los guardias.

Luis Sagasti